





Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 37 06 57
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMÓN SALA VERDAGUER

Avenida 707, II BARCELONA, II Teléfono 70657
Valencia, 234 II Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Barbá, 16, Barcelona - Ternerá, 4, Madrid

EDITORIAL

"ALAS"



AÑO XXX

SERIE ESPECIAL

NUM. 412

NUM. 163

Tarzán y la fuente mágica

EDITORIAL ALAS se complace en ofrecerles, novelada, una película cuya acción transcurre en un país remoto, y de la que son protagonistas el legendario Tarzán, la dulce Jene - su compañera de siempre - y el inquieto y gracioso chimpancé «Cheta». Esta película está llena de incidencias que revelan la fantasía exuberante de su afortunado creador. Pero también las ambiciones humanas están allí, y Tarzán, Jane, e incluso el chimpancé, se ven obligados a reaccionar contra ellas. **Tarzán y la fuente mágica** es, pues, una armónica síntesis de fantasía y de realidad, y tiene un desenlace insospechado.

Producción RADIO PICTURES (RKO)

Sucursales:

Madrid

Bilbao

Sevilla

Valencia

Las Palmas

Palma de Mallorca

La Coruña

Portugal



Distribuida en España por

RADIO FILMS

Paseo de Gracia, 76 - Barcelona

PRINCIPALES INTERPRETES

Tarzán . . .	Lex Barker
Jane . . .	Brenda Joyce
Gloria . . .	Evelyn Ankers
Jessup . . .	Alan Napier
Trank . . .	Albert Dekker

Director

LEE SHOLEM

Narración literaria de

Alfredo de Heredia

TARZAN Y LA FUENTE MAGICA

El sol, en su punto culminante y con sus rayos ardientes, apenas podía penetrar en el bosque a través del espeso follejo que formaba una especie de muralla impenetrable. Contrastando con el resplandor brillante del cielo, la tupida y exuberante vegetación de la selva africana, era húmeda y sombría. Únicamente los ruidos que la naturaleza nos prodiga, daban señales de vida a aquel paraje; el monótono murmullo de una cercana corriente de agua; el chasquido intermitente producida por las ramas que se iban tronchando; el roce entre sí de los arbustos; el grito estridente de los papagayos y el continuo pjar de miriadas de pájaros tropicales; el constante parloteo de los monas y, de vez en cuando, el rugido lejano de algún león hambriento.

Cheta se sentó cómodamente, gracias a la fuerza del hábito adquirido, en la cruz de las ramas de un corpulento árbol. Llevaba atada una calabaza a una larga liana. Sus ojillos, llenos de malicia, observaban cómo una enorme tortuga terrestre ibase acercando hacia él con su característica lentitud. Tan pronto como este pacífico animal tocó el apetitoso manjar, Cheta tiró de éste un poco más, lo que obligó a la tortuga a avanzar de nuevo para alcanzarlo. Cheta repitió entonces el gesto, pero a la cuarta vez, la tortuga dióse cuenta de la jugareta que le estaba haciendo el chimpancé y lanzó, airada, un chorro de agua en pleno rostro de éste.

Escuchóse seguidamente una risa alegre y alborotada. Era

la de un chimpancé que se estaba divirtiendo mucho al ver el malhumor que se había apoderado de Cheta. Pero aquella alegría había de durarle muy poco, pues Cheta, indignado, agarró el fruto maduro que llevaba y se lo arrojó con violencia. La calabaza aplastóse, abriéndose en par, en pleno rostro del otro chimpancé. Ahora era Cheta quien se reía a mandíbula batiente. No obstante, su diversión dispóse muy pronto. Su víctima, con un rápido gesto, le lanzó a la cabeza un objeto duro, brillante, contundente, que le hirió en el cráneo. La violencia del golpe asestado, hizo que cayera al suelo; prontamente repuesta, recogió aquel objeto y se escapó del lugar, al darse cuenta de que su agresor se disponía a perseguirle.

A través de su alocada carrera oyó, cerca de sí, un ruido que le era familiar. Alteró entonces la dirección que había emprendido en un principio, y unos instantes después apareció caminando, cogido de la forzada mano de Tarzán.

Llegaron los dos hasta una pequeña laguna, de la que, después de un buen rato de natación, emergía en aquel instante Jane. En cuanto Cheta la vió, le alargó el brillante objeto con que había sido agredido.

—¿Qué robaste esta vez, Cheta? — inquirió Jane.

La muchacha contempló el objeto que el chimpancé seguía tendiéndole, mientras le observaba por el rabillo de sus ojos maliciosos:

—¡Oh, una pitillera! — Y dirigiéndose a Tarzán que se había quedado un poco rezagado Jane exclamó: —Mira que se encuentran unas cosas muy raras en esta selva...

Tarzán se dispuso a examinar aquella. Luego comentó:

—Parece muy vieja.

Interesada por el hallazgo, Jane quiso contemplarlo a su vez. Frotó aquel objeto con la mano, y pudo leer la siguiente inscripción: «A Gloria. Exitó. Mes de octubre de 1928». Al pie de la inscripción, figuraba una firma grabada: Douglas.

—¿Dónde encontraste esta pitillera, Cheta? — preguntó Jane.

Cheta, a quien dolía todavía la cabeza a causa del fuerte golpe recibido, cruzó la mirada con el otro chimpancé que se hallaba parado, tímidamente, a una prudente distancia.

—Pregúntale tú dónde la encontró — ordenó Jane a Cheta.

Cheta corrió entonces hasta el lugar en que su compañero se encontraba; charlaron animadamente en su jerga animal, incomprensible para los hombres, y los dos chimpancés partieron, veloces como unas centellas, hacia lo profundo del bosque.

Allí, protegido por la tupida maleza de las plantas, y casi enteramente escondido entre un tejido de lianas, podía verse lo que quedaba de un avión destrozado. Tratábase de un modelo construido unos veinte años atrás. Su hélice aparecía rota; las lonas hechas jirones; los neumáticos reventados... En la cabina del piloto, había un esqueleto humano.

En cuanto le vieron, se asustaron los chimpancés. Pero muy pronto se olvidaron del macabro descubrimiento, al ser atraída su atención por un par de anteojos que se hallaban en el suelo, una vieja maleta y los accesorios mecánicos del aparato. Rápidamente, movidos por un insaciable y característico afán de curiosidad, abrieron la maleta, y extrajeron de ella una serie de prendas de vestir femeninas que, a los pocos minutos, quedaban desparramadas por el suelo. Entre dichas prendas, figuraba una bolsa de cuero con una correa. Cheta fué quien la descubrió. Cogióla prestamente y se la colgó del hombro, en una cómica imitación del gesto femenino correspondiente. Pensó, entonces, que aquella pieza podía constituir un buen regalo para Jane. Llamó a su compañero y le hizo señas de que regresaran a la casa, situada sobre un árbol, en que vivía Tarzán.

Este se hallaba en aquellos momentos un tanto ocupado en atar hojas nuevas de palmeras con aquellas otras que cubrían el techo de su rudimentaria cabaña. Jane se encontraba un poco separada de él, cuando llegaron Cheta y el otro chimpancé y le mostraron el hallazgo.

Al verlo, Jane llamó a Tarzán y le gritó:

—¡Ya sé de dónde procede la pitillera que Cheta nos enseñó antes! ¡Y sé, además, a quién pertenece

—¿De quién es? — preguntó, curioso, Tarzán.

—De quién era, dírselo mejor. Pues de Gloria James.

—¿De Gloria James? No la conozco...

—Ya, sí. Se trata de una famosa aviadora — le explicó Jane —. Cuando ella se hizo célebre, yo era muy pequeña todavía. A pesar de ello, lo recuerdo perfectamente, como si fuera

ayer. Entonces, ella había emprendido un vuelo alrededor del mundo. De pronto, se dejó de tener noticias suyas. Nunca más se supo dónde había ido a parar...

Nerviosamente, Jane hurgó en el interior de la bolsa. En ella había, entre otras cosas, un cuaderno en el que Gloria James inscribía las impresiones sucesivas de su portentosa aventura aérea. Jane se dispuso a leer aquellas líneas, escritas con rapidez, y cuyos rasgos revelaban la antigüedad con que lo fueron. Declan así: «Estoy volando a través de la tormenta. A dieciséis mil pies de altura, la temperatura resulta extraordinariamente fría. Estoy perdiendo cada vez más altitud». Y más allá: «Ahora trato de convencer a Grahame para que salte conmigo, pero él se resiste a hacerlo: prefiere correr el albur con el avión. Tal vez eso sea mejor. Uno de los dos, por lo menos, podrá salvarse».

Tras la impresionante lectura, Jane levantó la vista.

—¿Qué dicen más? — inquirió Tarzán.

—Las páginas siguientes aparecen en blanco. — Luego propuso a Tarzán —: Tarzán, debes llevar mañana mismo, sin falta, este cuaderno de notas al puesto comercial de Nyagi, y hacer que lo remitan inmediatamente a Inglaterra.

Pero Tarzán no era de la misma opinión, y visiblemente malhumorado, respondió a Jane con una negativa.

—¿Por qué no hacerlo? — inquirió ella, un tanto molesta.

Tarzán no parecía estar dispuesto a dar una explicación razonable de su huraña actitud, y limitóse a repetir:

—No.

Pero Jane era una muchacha tenaz, y siempre que se proponía una cosa, no cejaba en su empeño hasta realizarla, por lo que en tal ocasión replicó, entre resignada y resuelta:

—Perfectamente. En este caso, yo misma me cuidaré de llevarlo a Nyagi.

Tarzán no se atrevió a disuadirla de su propósito, pues conocía perfectamente la virtud de la tenacidad que era característica en Jane. Y ya no se habló más del asunto.

A la mañana siguiente, cuando empezaba a clarear, Jane se despertó como de costumbre. Y su íntima satisfacción, al comprobar un hecho, quedó visiblemente reflejada en su rostro: se

había dado cuenta de que Tarzán no se encontraba allí, y que con él se había llevado el cuaderno de notas de la aviadora Gloria James.

El poblado de Nyagi se encontraba situado junto a un ancho río, de lenta corriente. Si exceptuamos un edificio, en cuya puerta aparecía un gran cartel en el que se leía: «Puesto Comercial de Trader Trask», la comunidad que integraba aquel poblado, era muy poco más de una colección de chozas construidas sumariamente por los indígenas, y un muelle. Delante y detrás, y en una vastísima extensión, aparecía, tierra adentro, la tupida selva.

En el muelle, unos pocos nativos se encontraban ocupados en remendar unas redes. Un muchacho indígena cargaba, entre tanto, unas cajas pesadas a lomos de una mula.

El propio Trask, propietario del puesto comercial, discutía con uno de los nativos acerca del precio de venta de un colmillo de elefante, mientras Dodd, el piloto aviador, estaba tranquilamente recostado en una puerta, contemplando la pintoresca escena.

El indígena insistía en su proposición, pero Trask no parecía muy dispuesto a dejarse convencer. Y le decía:

—Bien sabes que apenas hay demanda de marfil, ahora. Por consiguiente, y a título de favor, sólo puedo darte un par de dólares por éste.

El aviador Dodd, que hasta entonces había mostrado neutralidad en la discusión, terció en ella, a base de una sola exclamación, con la que ponía en evidencia el acusado espíritu comercial de Trask, siempre a punto de especular. Este se le quedó mirando.

—Buen marfil — dijo entonces el nativo, un tanto estimulado por la expresión de Dodd.

—Dos dólares y medio — ofrecióle Trask —. O los tomas o los dejas, y se terminó el asunto.

—Los tomo — contestó el hombre.

Trask extrajo el dinero, y seguidamente extendió sobre el mostrador un rollo de tela barata. Al tiempo que se lo ofrecía al indígena, le decía:

—Puedes hacer con esta ropa un bonito vestido para tu mujer.

—¿Cuánto me va a costar? — inquirió el nativo.

—Te la voy a vender baratísimo. Te cobraré tan sólo dos dólares y medio —contestó Trask con un guiño sonriente—. ¿Lo tomas?

—Sí.

El comerciante se lo preparó, y el indígena se fué muy contento con la adquisición, que en definitiva había constituido un trueque: una pieza de marfil contra una pieza de ropa.

Cuando el indígena se hubo alejado de la estancia, Dodd preguntó, tristemente, a Trask:

—Dime, Trask: ¿no te remuerde nunca la conciencia?

—¿La conciencia? Qué cosas tienes, Dodd. No me remuerde nunca. ¿Por qué razón habría de remorderme?

—Sencillamente, Trask. Llevo tres años en espera de ver a uno de estos pobres diablos salir por esta puerta con un dólar en el bolsillo, pero ya empiezo a perder las esperanzas de contemplar la escena. Llegaré a viejo, e incluso moriré antes de verlo.

Sin esperar respuesta de Trask, Dodd salió afuera de la cabaña. En aquellos momentos, Tarzán iba en su dirección.

Sin mediar entre ellas otra palabra que una sumaria salutación, el señor humano de la selva, alargó el cuaderno de notas de Gloria James al aviador, y ambos penetraron seguidamente en el cuarto destinado a radio-telegrafía.

Una vez allí, Dodd se apresuró a examinar el contenido del cuaderno, y su interés por cuanto en él se decía fué en aumento a medida que lo iba leyendo.

—¿Dónde conseguiste esto? —preguntó por fin a Tarzán.

—En la selva.

—Pues debes saber que nuestro Gobierno se ha pasado cerca de veinte años, y ha gastado más de diez mil libras esterlinas, para conseguir noticias de esta mujer.

En aquel instante, Trask penetró en la habitación, y al oír la última frase pronunciada por el aviador, inquirió de éste:

—¿De qué mujer se trata?

—De Gloria James —respondió Tarzán.

—¡Gloria James! ¡Diablos! —Y Trask arrancó el cuaderno de manos de su amigo, el aviador—. Hay una recompensa de mil libras para quien la encuentre, viva o muerta —dijo muy excitado, pensando en lo que podría ganar—. Puede que todavía esté

en pie la oferta... ¡Ah, y existe un individuo llamado Jessup, que ha prometido, hace años, cinco mil libras más, si se la encuentra viva! ¿No la recuerdas, Dodd?

—Lo cierto es que nunca he oído hablar de ello — le respondió éste, con marcada indiferencia.

—La que recordarás — insistió Trask — es que James fué acusado de asesinato, y ahora está cumpliendo una pena de reclusión perpetua.

Tarzán interrumpió:

—Entonces... esta mujer, Gloria James, ¿puede socar a ese hombre del presidio?

—Si estuviera viva, desde luego que sí podría hacerlo — respondió Trask, encogiéndose de hombros—. Pero lo malo para James es que Gloria está muerta, sin duda alguna.

Tarzán no quiso intervenir ya en la conversación. Había cumplido estrictamente la misión que Jane le encomendara, y se dispuso a retirar, al tiempo que decía:

—Mande libro Inglaterra. Yo iré ahora.

—No se preocupe, Tarzán. Nosotros ya nos encargaremos de enviarlo — respondió Trask, mientras miraba harto significativamente a Dodd.

—Cuando usted enviar libro a Inglaterra — exclamó Tarzán, ya en el umbral de la puerta —, no olvide decir que puede ser Gloria James no estar muerta.

Y Tarzán se alejó de allí sin decir más. Los dos hombres quedaron pensativos. El silencio establecido entre ambos fué interrumpido de pronto por Trask con estas palabras:

—¡Vaya! ¿Qué habrá querido decir con eso Tarzán?

—Quien sabe si tendrá razón. ¿Sabrá algo? Es preciso que empecemos rápidamente las investigaciones pertinentes — replicó Dodd, para reponer seguidamente —: Pero la recompensa es al cincuenta por ciento, ¿no te parece, amigo?

* * *

Al día siguiente, por la mañana, cuando Tarzán llegó a su rudimentario domicilio, Jane dormía todavía. Los pasos del hombre la despertaron, y ella saludó jubilosamente su presencia. En

verdad, estaba contenta, muy contenta, de su comportamiento, al entregar el cuaderno de notas de Gloria James a los hombres del Puesto Comercial de Trader Trosk.

De pronto, Cheta, el chimpancé, que había trepado hasta la ventana, saltó a la habitación ocupada por Jane, y de un ágil zarpaso cogió el peine y el espejo de la muchacha. Luego, saltó por la ventana y desapareció. Unos breves instantes después, Jane oía una voz de mujer, afuera, Decía: «Gracias».

Aquella palabra la sobresaltó. ¿Quién podía haberla pronunciado? Saltó Jane de la cama, y se precipitó hacia la ventana, para mirar desde allí al exterior. Abajo, en una de las claras del bosque, pudo ver sentada una mujer. Su hermosura era singular. Representaba tener unos veinticinco años. Su cintura era delgada, y su cuerpo fuerte, ágil y joven; los ojos eran de una dulce claridad y su rostro aparecía fino y terso. En aquellos momentos se estaba peinando el largo cabello negro, mientras Cheta, el chimpancé, sostenía el espejo para que pudiese realizar más cómodamente su «toilette».

Jane, intrigada, volvióse hacia Tarzán, que había permanecido en la habitación, y le preguntó:

—¿Quién es esta mujer?

—Gloria James.

—¿Gloria James? —inquirió ella, extrañada.

—Sí, Gloria James, la aviadora extraviada—replicó Tarzán.

No, no era posible que aquella mujer fuese Gloria James. Esta se hallaba muerta, a causa del grave accidente de aviación sufrido en aquellas latitudes. Las palabras que Tarzán pronunciara se le antojaron a Jane como una broma de mal gusto. Y se indignó visiblemente. Su rostro adquirió un tono subido.

—Me estás jugando una broma inadmisible. No debes burlarte de estas cosas.

Pero Tarzán, que parecía muy seguro de sí mismo, insistió:

—Decirte que es Gloria James.

Empezó Jane a creer en las afirmaciones de Tarzán, y sin perder más tiempo, bajó corriendo de su casa en la copa del árbol, para aproximarse a la bella mujer que seguía peinándose tranquila y sonriente, teniendo a Cheta como eficaz ayuda de cámara.

—¿Quién es usted? — la preguntó, sin saludarla previamente siquiera.

—Soy Gloria James — respondió la mujer.

Los ojos de Jane se abrieron desmesuradamente. Se resistía a creer que aquella muchacha fuese, en verdad, Gloria James, a la que suponía muerta. La aviadora comprendió el por qué de la perplejidad de la muchacha, y trató de convencerla de su propia identidad:

—Comprendo su incredulidad, porque incluso a mí me parece muchas veces incomprendible que pueda encontrarme sana y salva, después de lo ocurrido.

A pesar de ello, Jane no parecía estar muy convencida, e insistió:

—Pero... el avión de Gloria James se estrelló hace más de veinte años. Por consiguiente, si la aviadora viviera, tendría ahora cerca de cincuenta años. Y usted tiene muchos menos... No trate de engañarme, se lo ruego...

Jane se interrumpió a sí misma, al darse cuenta de que el chimpancé llevaba entre una de sus patas la pitillera. Se la arrebató rápidamente, y mostrándosela a la supuesta Gloria James, le preguntó:

—¿Reconoce usted esto?

—¡Pues claro que sí! — exclamó, jubilosamente, la muchacha —. ¡Se trata de mi cigarrera!

—No es difícil identificarla. Pero esta cigarrera lleva una inscripción. ¿Querría usted decirme qué es lo que dice?

—Lo recuerdo perfectamente, por haberlo leído infinidad de veces. La inscripción dice: «A Gloria. Exit. Mes de octubre 1928». Fue Douglas Jessup quien me la regaló.

Era verdad. Aquella muchacha había dicho, una por una, las palabras que la dedicatoria contenía. Ello no obstante, el escepticismo de Jane no parecía enteramente disipado, e insistió en su interrogatorio:

—Entonces, ¿por qué ha esperado usted más de veinte años sin hacer acto de presencia? Se explica si el hecho hubiese ocurrido hace unas semanas, unos meses incluso, pero ¡veinte años! Es más de un cuarto de vida humana...

La respuesta no la dió la aviadora. Fué Tarzán quien respondió por ella.

—Muy adentro en la selva. Tan sólo Tarzán conocer el camino que conduce hacia allí.

Jane volvió hacia Tarzán, entre sorprendida e irritada.

—¿Por qué lo has traído ahora y no lo hiciste antes, conociendo la existencia de esta mujer?

Esta vez no contestó Tarzán. Fué ella, la propia Gloria James, la que respondió a la lógica pregunta de Jane. Y lo hizo con las siguientes palabras:

—Se lo diré. Sencillamente, porque Tarzán acaba de enterarse apenas de que yo puedo hacer que pongan en libertad a un hombre que lleva nada menos que veinte años en presidio. De no ser esta circunstancia, jamás habría yo regresado. Pero ella me obliga ahora a aparecer de nuevo. Carceraría de conciencia si siguiera permitiendo que aquel hombre continuase pensando en el fin de una cárcel. Yo lo ignoraba hasta estos momentos.

Gloria James acababa de decir que jamás hubiera regresado. Pero ¿de dónde había de regresar?

Jane se dió cuenta de ello, y se lo preguntó:

—Regresar... ¿de dónde? ¿Dónde ha estado hasta ahora? Y, ¿cómo y con quién y de qué vivía en la selva? Además, ¿a qué se debe que...

De los finos labios de Jane, ahora trémulos, iba saliendo un verdadero torrente de preguntas, lógicas, razonables, todas ellas. Tarzán la interrumpió de pronto, para decirle con firme acento —ese acento irrevocable que el hombre empleaba en parecidas ocasiones y que no permitía réplica alguna— que no se discutiría ya más el asunto, ni habría otro interrogatorio de la muchacha. Esta era Gloria James, la aviadora, que todos habían considerado como desaparecida, y eso resultaba suficiente. Ante las palabras rotundas, categóricas, de Tarzán, se mordió los labios, y ya no dijo nada más.

Dos días después de su primer viaje a Nyagi — aquel viaje motivado por el hallazgo del carnet de notas de Gloria James — Tarzán se dirigió a la tierra de los Uthonians, situada en pleno Valle Azul.

Cuando llegó allí, el jefe supremo de los Uthonians hallóbase

reunido con su pueblo. Era un hombre alto, corpulento, joven, bien fornido, dotado de una clara inteligencia. Sus cortesanos, y aun sus súbditos, mostraban todas las mismas características de permanente juventud que le adornaban a él. Todos le profesaban respeto y veneración incluso. En aquellos instantes se encontraba sentado en un escabel, con un dosel encima, como si se tratara de una verdadera majestad.

Tarzán saludó al jefe supremo de los Uthorians y al pueblo congregado junto a él, y le expuso lo ocurrido: el hallazgo del carnet de notas de Gloria James; su entrega a Task y Dodd, en el poblado de Nyogi y la noticia de que un hombre estaba en un presidio, acusado del asesinato de la muchacha. Esto último impresionó fuertemente el ánimo del jefe de aquellos hombres, quien dijo en tono grave y solemne:

—Si la libertad de un hombre depende de la presencia de Gloria en Inglaterra, no sólo debemos permitir que se marche allí, sino que estamos obligados a hacer que realice el viaje. No obstante, hemos de imponerle una condición: la de que ella guarde en secreto todo cuanto ha sabido aquí.

La decisión — pues era más una decisión que una propuesta — provocó determinadas disensiones entre los circundantes. Un pequeño grupo de descontentos consideró que el jefe de los Uthorians había errado en su dictamen. ¿En qué se fundamentaban para formular tan arriesgada afirmación? En que si su secreto llegaba a ser conocido por los hombres de un mundo exterior, tan distante de ellos, sin duda alguna, sus esfuerzos por conservarlo habrían de traducirse en efusiones de sangre.

A pesar de ello, el jefe se impuso al criterio de los rebeldes, dirigidos por Siko, y Gloria James fué autorizada para seguir a Tarzán, y emprender unas horas después el regreso a Inglaterra.

Antes de trasladarse a Nyogi, para que Dodd la condujera de nuevo a su país, tras una tan larga ausencia de él, Gloria se alojó por unas horas en el primitivo domicilio de Tarzán y de Jane. A la mañana siguiente, y ya más tranquilizada Jane, las dos la acompañaron hasta el poblado de Nyogi.

La sorpresa que Dodd y Trask experimentaron al ver a Gloria, sólo puede compararse a la que produjo la presencia de ésta a Jane. Se rasgaban los ojos, pues aquella se les antojaba una

visión, algo irreal. Finalmente, se fueron afianzando en la creencia de que bien pudiera ser Gloria James aquella mujer, pues sus declaraciones parecían responder a la verdad. El hecho de que había repetido las palabras que componían la dedicatoria que figuraba en la pitillera, era incontrovertible. De todos modos...

Antes de que el vuelo fuera concertado, Dodd y Trask sostuvieron una amplia y detenida conversación. Los dos se esforzaban en convencerse a sí mismos de la veracidad de las afirmaciones que Gloria formulaba. Les parecía, en verdad, muy raro la súbita presencia ante ellos de una mujer que veinte años atrás había sufrido un grave accidente de aviación, del que nadie podía suponer, y menos ahora —veinte años después— que se hubiese librado con vida. ¡Veinte años! ¡Un quinto de siglo! ¡Qué extraño se les antojaba todo eso! Por otra parte, aquella Gloria James que veían ahora era una mujer joven, y tal como Jane había hecho observar el día antes a la propia interesada, ésta debía de haber alcanzado ya los cincuenta años, en el supuesto de que efectivamente fuera la auténtica Gloria James. ¿Había alguna supercheria en todo ello?

Extraña coincidencia, por otra parte: el mismo día en que Tarzán comparecía en Nyogi con el cuaderno de notas, aparecía Gloria James, en persona. Ni una semana después: el mismo día. Como si todo obedeciera a un plan maquiavélico. Pero, en tal caso, ¿qué razones habían movido a la muchacha y a Tarzán para proyectarlo y ponerlo en práctica?

Trask, siempre suspicaz, hombre con muchas reservas mentales, que de nadie se fiaba, a través, sin duda, de su propio comportamiento hacia los demás, fue quien consideró, ya desde un principio, que aquella Gloria James que se encontraba ahora en su casa, no era la verdadera. El había escuchado no pocas historias raras relacionadas con la selva, durante los años de su permanencia en Africa, y era preciso tomarse las cosas con mucha calma y sobre todo obrar con la máxima cautela. ¡Ojalá fuera aquella Gloria James! Pues Trask seguía evocando mentalmente las cinco mil libras de recompensa ofrecidas a quien trajera «viva o muerta» a la aviadora.

No obstante, le costaba mucho creer que pudiera ser ella. Y formulaba a su compañera reserva tras reserva.

—Esta chica — decía — me parece demasiado joven para tener cincuenta años. He oído de muchas mujeres que tienen o aparentan cincuenta y afirman no haber pasado de los veinticinco. Pues bien: éste es el primer caso con que me tropiezo de una mujer que hace lo contrario de las demás: eso es, cargar con cinco o seis lustros más sobre sus espaldas.

Pero si Trask había oído hablar de historias raras de la selva —la mayoría de ellas desechables, desde un principio, a causa de su poca verosimilitud— y no conocía, por otra parte, ninguna mujer —ninguna— que se echara voluntariamente unos años encima. Dodd, recordaba haber oído contar que cierta gente de la selva, jamás envejece:

—No sé, desde luego, cómo se las arreglarán para mantenerse siempre jóvenes. No llego a sospecharlo siquiera, porque es algo inconcebible. Tal vez coman o beban algo especial que les permita continuar en estado de juventud a través de los años... Si yo lo supiera, pondría en práctica este maravilloso remedio: lo haría, naturalmente, en mi beneficio físico, y además para ganar una fortuna. ¡Imaginas el éxito que conseguiríamos en países civilizados con la fórmula, aquí empleada, de la perpetua juventud!

La deliberación a que ambas se sometieron antes de adoptar una resolución definitiva acerca de la suerte de Gloria James, terminó con un resultado favorable para ella. Gloria James sería acompañada en avión, por Dodd, hasta Dakar, y allí embarcarla en otro avión con rumbo a Inglaterra.

Ya estaba decidido, y la resolución se puso inmediatamente en práctica. Unas horas después, el avión pilotado por Dodd despegaba de uno de los claros del bosque, rumbo a Dakar, mientras los brazos de Tarzán, Jane y Trask se agitaban en un adiós, no exento de emoción, verdaderamente justificada.

La idea, formulada por el aviador Dodd, en el sentido de que el hallazgo de la fórmula de la perpetua juventud había de deparar considerables beneficios económicos, en el caso de ser conocida y propagada, despertó la proverbial avaricia de Trask.

Una vez se hubieron marchado Gloria James, el aviador, Jane y Tarzán, y él quedó solo con sus meditaciones, fué madurando la idea y se dispuso a hacer algo —aunque no sabía exactamente qué— para encontrar aquel maravilloso remedio, que tanto había

de enriquecerle y aún de hacerle famoso en todo el mundo. Y tras profundas reflexiones, decidió enviar a la selva una expedición dirigida por Vreka, que así se llamaba su auxiliar —hombre activo y emprendedor— que gozaba de su plena confianza.

Cuarenta y ocho horas más tarde —pues Trask era hombre que solía poner muy pronto en ejecución los planes que concebiera—, Vedak y sus hombres abandonaban Nyogi para internarse en la profundidad de la selva.

Entretanto... Siko, el hombre de la tribu de los Uthonians, que se había opuesto a su jefe, en el caso de Gloria James, y que se mostrara contrario a la partida de la muchacha hacia Inglaterra, hallábase dispuesto a contrarrestar los posibles efectos de lo recientemente ocurrido. Era preciso —a su juicio— evitar que la fórmula de la perpetua juventud, por ellos utilizada, llegara a oídos de los blancos. ¿Permanecería Gloria James fiel a la palabra dada ante ellos, de no revelar el secreto? En tal caso —que Siko no deseaba— sería preciso aprestarse a una defensa activa y sangrienta, pues serían sin duda acéchados por quienes pretendieran apoderarse de aquella fórmula. Lo que le preocupaba más a Siko y a sus secuaces era Tarzán. ¿Por qué razón había de ser Tarzán? Sencillamente, porque él era el único de los hombres ajenos a la tribu de los Uthonians que conocía el camino que conducía al Valle Azul. Y eso le llevó a una resolución que manifestó a sus partidarios y que a éstos les pareció muy razonable:

—Pues que sólo él lo conoce, es necesario, por nuestro bien, que lo exterminemos.

Así se acordó, a espaldas, desde luego, del jefe supremo de la tribu. Por primera vez, eran desobedecidos sus mandatos por un grupo de sus hombres.

Gentes que unían los gestos a las palabras, aplicaban seguidamente las decisiones que adoptaban, se dispusieron a hacerlo también esta vez. Ahora el adversario era Tarzán.

Entretanto, y sin que él siquiera pudiera sospechar la reacción que se había producido en las huestes acaudilladas por Siko, Tarzán y Jane, después de la partida de Gloria James, en avión, regresaban a su casa a través del espeso bosque. Tuvieron que atravesar a nado una alberca, y una vez estuvieron a la otra orilla, se sentaron para reposar.

Lo que más inquietaba a Jane en aquellos momentos, lo que más excitaba su curiosidad —pues no hay que olvidar que era mujer— era la fórmula de la perpetua juventud, que había operado en Gloria James tan portentoso milagro. Así, pues, quiso aprovechar la oportunidad de que se hallara descansando tranquilamente junto a Tarzán, para inquirir de él el secreto de la juventud de la aviadora.

Pero ya hemos dicho que Tarzán era un hombre terco, tenaz, que cuando se proponía algo, no se paraba ante ningún obstáculo para conseguirlo. Y esta vez se había prometido a sí mismo la más escrupulosa reserva.

—No insistas, Jane; te lo suplico. Nada vas a conseguir. No te explicaré el secreto. Me pertenece exclusivamente a mí y a los hombres del Valle Azul.

Ante la categórica negativa de Tarzán, Jane se puso en pie, y como Dalila ante Sansón, de quien quiso conocer el secreto de su fuerza, apeló a un argumento que ella sabía habría de influir poderosamente en el ánimo de aquel hombre recio de cuerpo y de espíritu.

—Pues bien, Tarzán; no valdré a besarte si no me confías el secreto. La obstinación que has puesto en no confesármelo, revela que no me quieres.

Y se dispuso a dejar solo a Tarzán.

Este la contempló con los ojos tristes, cómo se iba alejando. Lo sintió en lo más profundo de su ser, pues Tarzán, con su rudeza, con sus sentimientos puros, primitivos, sin ningún velo hipócrita que los empañara, quería a aquella dulce muchacha, que contribuía a hacerle feliz. Quiso oblandarla, y le gritó:

—¡Jane!

La muchacha se volvió. Su rostro se mostró radiante. Estaba segura de que Tarzán había claudicado y se disponía a revelarles un secreto del que ella tenía, más aún que curiosidad, necesidad verdadera.

—¡Tarzán! — le respondió. Y el eco de su voz resonó a través de los bosques.

—¡Jane! — repitió Tarzán —. ¡Voy a decírtelo!

Pero en aquel mismo instante...

Una flecha, certeramente disparada, se clavó en un árbol. Había rozado la cabeza de Tarzán.

El hombre saltó sobre sus pies, y dispuesto a protegerse de cualquier acechanza, sacó un cuchillo.

Mas, después del flechazo, el silencio se hizo absoluto. Se hubiera podido oír el agitar de los corazones de Jane y Tarzán. La selva estaba tranquila, como siempre. Ni una sola hoja se agitaba. Tarzán se acercó lentamente al árbol en cuyo tronco la flecha se había clavado. Y la arrancó, mirándola asombrado durante un largo rato.

A pesar de que el silencio renaciera, era evidente que alguien merodeaba por allí, dispuesto a impedir, fuese como fuese, que Tarzán revelara a Jane el secreto de la perpetua juventud. Hombre valiente, que jamás había conocido el miedo ni la intimidación, Tarzán, cuchillo en mano, penetró en el bosque, siguiendo a la inversa la trayectoria que había tomado la flecha.

Con objeto de descubrir a su misterioso atacante —hombre ducho, sin duda, en tales lides, y conocedor de aquellos parajes—, Tarzán se dispuso a buscar las señales que aquél dejara en el bosque. Encontró, primeramente, una rama rota, y eso le pudo orientar; luego, una hoja en el suelo; seguidamente, la casi invisible huella de una pisada... Esto le servía de gran auxilio en su búsqueda. Por fin pudo localizar al hombre a quien buscaba. Le vió claramente como corría. Llevaba una pequeña ballesta en la mano. Lo pudo identificar. No había ya duda alguna para Tarzán: se trataba de Siko.

¿Cómo conseguirle en su carrera alocada? Por fortuna para él, Tarzán conocía, tan bien como el otro pudiera conocerlo, aquel bosque. Y se precipitó a través de los senderos que le eran tan familiares, con tanta fortuna que unos minutos después había conseguido tomar la delantera a su adversario. Parapetóse Tarzán, en una encrucijada, dispuesto a acometer a Siko, seguro éste de que ya nadie le perseguía.

No tardó mucho en aparecer su atacante. Tarzán se agarró a una rama gigante de un árbol corpulento, y dejándose llevar en un salto enorme en el vacío, cayó sobre Siko y le arrastró por el suelo.

La lucha fué feraz, implacable, pues se trataba de sostenerla con un hombre recio también, vigoroso, dinámico, joven de cuer-

po y espíritu, dotado de una buena moral en la lucha. Las alternativas de la contienda, a puño limpio, terminaron a favor de Tarzán, quien con las piernas trenzó a Siko con una llave, y éste tuvo que declararse vencido, pues ya no podía accionar. Sujetándole por el cuello, Tarzán miró fijamente a su adversario, quien no se atrevía a formular palabra. El silencio—que duró unos angustiosos segundos—fué roto finalmente por Tarzán, con estas palabras:

—Trataste de acabar conmigo, ¿no es cierto, Siko?

—Yo...

—No trates de justificarte. Tú fuiste quien arrojó la flecha con este propósito. Por suerte para mí, un árbol se interpuso. Y ahora, dime: ¿por qué querías asesinarse? ¿Por qué?

No escuchó Tarzán respuesta alguna, lo que le llevó a repetir la pregunta. Fué inútil. Y ello le obligó a formularla por tercera vez. Pero en esta ocasión, apretó sus piernas con objeto de apriimir más aún la cintura de Siko, y obligarle a romper su obstinado silencio.

—Porque la muerte emudece a las personas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que una vez muerto, tú ya no habrías de hablar.

—¿Qué es lo que quieres evitar que ya diga?

—Bien lo sabes, Tarzán: tú conoces un secreto, y te veo capaz de revelarlo. Por eso quería terminar contigo. ¿Te gusta saber el por qué?

—Me gusta, Siko. Y ahora te permitiré que te levantes.

En efecto, Tarzán permitió que Siko se pusiera en pie. Tomó la ballesta, y la rompió, primero en dos trozos, y luego en cuatro. Luego, como si fueran pequeñas astillas, rompió todas las flechas de una vez. Enterró el cuchillo de Siko en el tronco de un árbol, y dobló su hoja.

Siko no sabía qué hacer: si excusarse, si pedirle perdón, si marcharse de allí o bien permanecer al lado de Tarzán hasta que éste dispusiera de su suerte. Tarzán era un hombre generoso y optó por la solución humana:

—Vete—dijo, volviéndose a su adversario, una vez hubo destrozado el cuchillo de éste—. Vete, y dí a tu pueblo que Tarzán

jamás enseñará a los extranjeros el camino que conduce al Valle Azul.

Siko no supo qué contestar.

—Tarzán es vuestro amigo — prosiguió el hombre —. También es tu amigo.

Siko seguía allí, de pie, inmóvil, con una expresión de odio contenida, a pesar de que acababa de verle mostrada la generosidad de Tarzán, que era su propia víctima propiciatoria. Lo que le molestaba en aquellos instantes era encontrarse indefenso. Ahora resultaba inútil todo esfuerzo contra Tarzán. Sin contestar a las palabras de éste, aquel hombre temible dió la vuelta y caminó alejándose, primeramente con vacilante paso, luego más deprisa, para echarse a correr finalmente.

Tarzán ni siquiera le vió marchar. Seguro de sí mismo, sin temor a nada ni a nadie, había proseguido su camino en dirección contraria.

• • •

Una tarde, desde lo alto de su exótica vivienda, Jane oyó el ruido de un avión. Era el que pilotaba Dodd. Descendió de la altura en que se hallaba, y salió corriendo hacia uno de los claros del bosque, para llegar en el momento en que descendía el saco de la correspondencia. Eso es, precisamente, lo que ella anhelaba desde hacía unos días. Acompañada de Cheta, el chimpancé, Jane se apresuró a recogerlo.

Había una carta de Gloria. Nerviosamente, Jane rasgó el sobre, y se dispuso a leer el contenido de la misiva. Las noticias que Gloria James le comunicaba eran francamente optimistas. Gracias a su feliz llegada a Inglaterra, después de tan larga ausencia, Jessup había sido puesto en libertad, pues su presencia resultaba suficiente para desvanecer las inculpaciones que habían recaído sobre él y que constituyeron el fundamento de una sentencia condenatoria. Gloria y Jessup se habían casado, y ella estaba tratando —según decía en la carta— de convencer a su marido, en el sentido de que ambas regresaran al África. «No puedo explicarte, Jane, las razones que me inducen a proponérselo. Pero Tarzán las comprenderá perfectamente. Además, necesitamos que él nos sirva

de orientación y de guía para llegar hasta el Valle Azul. Cuando me veas, quedarás muy sorprendida, Jane. Ya no parezca tan joven como cuando nos conocimos.»

Alborazada por la recepción y lectura de la carta, Jane se lo comunicó a Tarzán. Pero había algo más en el ánimo de Jane. Ella quería saber algo que él podría decirle, acerca del Valle Azul, del que Gloria James le habla en su carta.

—Sí, sí, ahora tengo ya la seguridad de que existe un lugar en la selva: el Valle Azul — dijo a Tarzán —. Tú jamás quisiste llevarme hasta allí, por más que te supliqué que fuéramos los dos juntas, a donde tú ibas solo. Pero, ¿verdad que ahora, cuando venga Gloria, yo iré con vosotros?

—No puedo, Jane. Me es imposible, absolutamente imposible — le replicó Tarzán.

—Pero, ¿por qué motivo?

—Sencillamente, Jane, porque debo guardar un secreto. Tú ya sabes de qué se trata.

—Pero no sé exactamente en qué consiste. En cambio, Gloria James está enterada de todo...

—Gloria sí, claro, pero... no su esposo — respondió Tarzán.

Y ya no pudo obtener más aclaraciones la pobre Jane. Tarzán se había encerrado en su habitual mutismo, y no era posible arrancarle una sola palabra más.

Y así transcurrieron unos días, muy pocos. El aviador Dodd, que se hallaba instalado de nuevo en el poblado de Nyogi, junto a Trask, recibió un mensaje por radio. En él se le advertía del inmediato retorno de Gloria James, y se le pedía, además, que una vez en África de nuevo, la llevara a bordo de su avión hasta el lugar en que Tarzán y Jane residían.

Trask, hombre desconfiado, pareció muy extrañado ante la lectura de aquel mensaje. ¿Por qué razón regresaría Gloria James?

Decidió preguntárselo a Dodd. Y, en efecto, así hizo. La respuesta de Dodd, fué lógica si tenemos en cuenta la existencia, en el Valle Azul, de la fórmula de la perpetua juventud.

—¿Qué razón más importante tiene Gloria James, que la de conservar la juventud? Por eso volverá aquí.

Trask comprendió que su buen amigo tenía razón. Y tuvo que reconocerlo:

—¡Naturalmente! No había caído en ella. Gloria James regresa al África, y quiere trasladarse al Valle Azul para conservar una juventud que si pudo subsistir durante años y años en la selva, al trasladarse a país civilizado perdió lamentablemente. Lo veo claro: su mensaje significa que sólo suspira por volver allí. Y quiere que Tarzán la acompañe, por ser el único que conoce el camino.

Tras una pausa, dijo en voz alta lo que hacía tanto tiempo le tenía preocupado:

—¿Dónde se hallará el Valle Azul?

Hasta hacía unas semanas, había alimentado la esperanza de que su segundo, Vredak —que salió con una expedición hacia aquella zona—, volvería y le revelaría el secreto. Pero iban pasando los días y Vredak no regresaba.

—¿Tienes noticias de Vredak? — le preguntaba el aviador, de vez en cuando.

—Ni una sola palabra. ¿Qué habrá podido sucederle?

Dodd era mucho más escéptico, en esta ocasión, que su compañero, aun siendo éste muy desconfiado. Y algo insinuó al recibir aquella respuesta de Trask.

—¿Sabes lo que pienso, Trask? Pues que cuando se quiere hacer alguna cosa bien hecha, no conviene encargársela a otra. No existe mejor solución que hacérsela uno mismo.

Trask no respondió. Limitóse a morderse los labios. Sin duda había comprendido que Dodd ponía el dedo en la llaga.

Y así se fueron deslizandó unos días más. Hasta que finalmente Gloria James llegó nuevamente a territorio africano.

Todos estuvieron muy contentos en cuanto la vieron otra vez, sobre todo Jane, que le expresó vivamente su sincera satisfacción. No obstante, quedó muy sorprendida al observar el aspecto físico de la intrépida aviadora. Gloria James no era ni mucho menos la muchacha joven, linda, de rostro fino y suave, sin arruga alguna en la frente, ni rasgos que identificaran la edad que realmente había cumplido. Ahora Gloria James aparentaba perfectamente sus cincuenta y dos años. ¡Qué decepción tan grande para los que la contemplaron unas semanas antes en plena juventud, y la veían ahora, madura! De su lozonia no quedaba trazo alguna. Sólo los labios dibujaban la misma sonrisa simpática, eternamente.



Tarzan era el rey humano en aquella selva...



Aquel hombre torzudo, Jane y el chimpancé vivían felices allí...



Tartán les comunicó que Gloria James no había muerto.



Trepando por las abruptas rocas, Tarzan consiguió alcanzar a Jane, en peligro.



—¡Por favor, Tarzán, no vayas con los indios!



Tarzán se encontró, por fin, en presencia del jefe de los aroians.



Tarzán les había seguido y no les perdía de vista.



Era un hombre que, tanto por su fuerza como por su tenacidad, salía triunfante de todas las pruebas.



Jane y Gloria llegaron a hacerse amigas.



Gloria James llegó, por fin, con su esposo.



Ya estaban en presencia de los utoñians.



Iban avanzando lentamente por entre la maleza...



No había cesado el peligro para ellos, y seguían lentamente su camino.



Salvada Jane, era preciso salvar a los demás.



Por fin volvían a estar los tres reunidos felizmente.

Joven, eso sí, y los ojos vivos, denotaban el recio espíritu y la inteligencia de quien los poseía.

Gloria fué quien descendió primeramente del aparato. Jessup, su esposo, la siguió. Jane, siempre cordial, le dió también la bienvenida en tono afectuoso.

Todo se había producido tal como ella esperaba desde que recibiera la carta de Gloria. Pero lo que, momentáneamente, asombró a Jane, fué ver que Trask descendía del avión, siguiendo a Jessup.

—¡Hola, Trask! ¿Usted también?

—Sí, Jane. Yo también.

Y descendió del avión. En aquellos momentos Dodd se hallaba reparando unas averías producidas en el motor. Trask se dirigió hacia él, al tiempo que inquiría:

—¿Pasa algo?

El aviador, con una sonrisa maliciosa y mirando significativamente a su amigo, le respondió:

—¡Una avería, chico! Y empiezo a dudar seriamente de que yo pueda arreglar el desperfecto.

Se oyeron unos pasos. Eran los de Tarzán que regresaba de una cacería efectuada en la selva. Al ver el grupo junto al avión, echó a correr. Mas a medida que se iba acercando a ellos, y al darse cuenta de la presencia de Trask y Dodd, sospechó algo. Fué instintiva su presunción, y decidió preguntar al aviador lo que sucedía en el motor del aparato.

La respuesta no fué concreta ni satisfactoria. Se caracterizaba por una vaguedad un tanto extraña:

—Sencillamente. El avión se encuentra en malas condiciones. La reparación de la avería es muy difícil.

Los demás no dieron importancia alguna a la cosa. Gloria James y Jane se volvieron hacia Tarzán para rogarle les permitiera acompañarle un rato en su camino. Después regresarían juntos a Nyagi.

La proposición que seguidamente le hizo Gloria James fué algo más aventurada:

—Quería pedirte una cosa, Tarzán...

—¿De qué se trata?

—De que nos acompañaras hasta el Valle Azul...

—¿Al Valle Azul, has dicho? ¿Pretender volver allí, donde pasaste tan largos años? ¡Ahora es imposible!

—¿No puedo volver?

—Vuelve, si quieres, pero no será conmigo.

El acento de Tarzán parecía terminante, irrevocable.

Jane se dispuso a ayudar a Gloria James para convencer a Tarzán de que fuera con ellos al Valle Azul. Pero su esfuerzo resultó, de momento, inútil. Tarzán no se dejaba influenciar por nadie. Si él decía no, era no.

En vista de su terca actitud, Jane exclamó ásperamente:

—Puesto que no quieres acompañarles, la haré yo.

—¿Tú? ¿Jane? —dijo Tarzán.

—Sí, yo. Conozco muy bien la selva y el camino a Valle Azul.

Tarzán no replicó. Consideraba a Jane muy capaz de poner en práctica sus propósitos, por arriesgados que éstos se mostrasen. Optó por acompañarles hasta Nyagi. Así daba tiempo a Jane para reflexionar. Y si reflexionaba, abandonaría sin duda sus deseos.

Pero Tarzán estaba equivocado. Jane no había de renunciar a ellos. Y menos aún Jessup y Gloria James.

En efecto, pasaron tranquilamente la noche y la mañana siguiente, sin que se hablara más del asunto. Pero bien avanzada la tarde del día siguiente, Jane exclamó, dirigiéndose a Tarzán:

—Bien, Tarzán. Ha llegado la hora de que partamos.

—¿Adónde pretendéis ir?

—¿No te lo dijimos? ¡Al Valle Azul!

Tan firme se ofrecía la resolución de Jane, y tanto conocía Tarzán a la muchacha, que no quiso disuadirla de su propósito. Ni siquiera replicó a la frase por ella pronunciada.

Los preparativos se aceleraron, y surgió entonces un nuevo voluntario para acompañar a los que integraban la expedición: Trask.

Unas pocas horas después, la comitiva se ponía en marcha, sin que Tarzán mostrara el menor deseo de integrarla.

Jane era la que iba en cabeza de la expedición. Con un machete en la mano, se había encargado a sí misma de la misión de cortar cuantos lianos y arbustos obstaculizaran el paso de todos ellos a través de la selva.

El ejemplo que la muchacha daba era secundado por los demás. Pero éstos no estaban acostumbrados a aquella tarea tan penosa, y el ejercicio pronto los cansó.

Aunque Jane era animosa y continuaba dispuesta a proseguir el camino, comprendió que todos necesitaban reposo. Y propuso acampar.

—Tú, Trask —dijo a éste— prepara algo para comer.

Trask, a pesar de ser hombre, no se sintió capaz de hacerlo. Hallabase fatigadísimo. Ni siquiera se movió, ante las palabras que Jane pronunciara. Y ésta fué quien eligió un sitio más cómodo y la que encendió una fogata, para calentar los alimentos que llevaban.

La velada transcurrió apacible. Comían todos en silencio, a la luz de la fogata encendida por Jane.

Cuando hubieron terminado la frugal cena, se acostaron todos en el suelo. Enrollados en unas mantas para protegerse de la temperatura un tanto fría no tardaron mucho rato en dormirse profundamente.

Pero alguien velaba su sueño aquella noche: Tarzán.

Les había dejado marchar. A juzgar por su aspecto en las pocas horas inmediatamente anteriores a la salida de la expedición, no parecía estar dispuesto a acompañarles. Pero lo que pensaba en su fuero íntimo era bien distinto de lo que aparentaba su rostro. Tarzán no había de dejar aquellas gentes a merced de los innumerables peligros de la selva. Junto con Cheta, el chimpancé, les seguirían para preservarles de éstos, en el caso de que se produjesen al paso de la comitiva.

Y les siguió, en efecto; los siguió muy de cerca, pero no a pie, a través de los matorrales, cortando lianos y arbustos, sino saltando de árbol en árbol, con su prodigiosa agilidad, columpiándose tranquilamente. Y todo ello con el mayor sigilo, para que nadie le oyese.

¿En qué consistían los peligros que Tarzán temía pudiesen surgir a los que integraban la comitiva? ¿Los tigres, los leones, las serpientes? ¿Los hombres del grupo de Sika? Algo había de todo eso, naturalmente. Pero también otro peligro, que Jane, Gloria y Jessup, estaban muy lejos de imaginar: Trask y Dodd. Trask y Dodd eran peligrosos. Así lo suponía, por lo menos, Tarzán. El

no tenía confianza alguna en aquellos dos hombres. Como no la tenía en los uthonians, a quienes sabía capaces de resistirse con todas sus fuerzas a que unos extraños se adentraran en sus dominios y llegaran a conocer el secreto.

Así, pues, cuando la expedición, dirigida por Jane, hallábase dormida en plena selva, alguien protegía su sueño: Tarzán. Acostado en una especie de hamaca hecha por él mismo, con unas enredaderas, observaba entretenido, con el ojo alerta, desde lo alto, como un águila, las que dormían a sus pies.

—No, no dormirán mucho rato tranquilos — se decía Tarzán.

¿Quién podía impedir el tranquilo sueño de las dos mujeres y de los tres hombres? Sencillamente, las hormigas feroces. Desde arriba Tarzán la veía avanzar hacia los durmientes en la selva. Aquellas hormigas iban a atormentarles sin piedad.

En efecto: no llevaban mucho tiempo dormidos, cuando uno tras otro se fué despertando con visibles muestras de angustia, que iban traduciendo en demostraciones de tormenta. Furiosamente se rascaban todas por encima de las ropas que los cubrían. Tarzán sonreía desde arriba, irónicamente. No habían querido escucharle, y ahora lo pagaban así.

Pero la irónica sonrisa de Tarzán, quedó prontamente cortada. Un extraño alar le había herido el sentido del olfato. Por su parte, el chimpancé —Cheta— empezó a lloriquear. Algo sucedía que no era normal; algo que tal vez podía resultar de graves consecuencias para Jane y los demás. Tarzán dejóse caer silenciosamente a una rama más abajo. Con su agudo vista penetró la oscuridad intensa de la noche. Y pudo ver cómo se agitaba la cola de un león. Lo más fácil es que llevara ya algún rato al acecho de los expedicionarios. Y que el temor al fuego le hubiese contenido de atacar inmediatamente a todos con su furia característica. Pero por lo que acababa de observar Tarzán, ahora se preparaba a dar el salto. El león se estiraba, indicio cierto de que iba a hacerla.

No podía perder ni un segundo. Si el león avanzaba un poco más, en su resolución de acometer a quienes integraban el campamento, los despedazaría en poco tiempo uno tras otro.

Tarzán se deslizó rápidamente de una rama a otra, y cuando ya le separaban pocos metros del suelo, se echó en el vacío, con tan acertado cálculo que fué a parar sobre el animal.

Lo tomó fuertemente de la cola, con una mano. Con la otra, sacó hábilmente su cuchillo, dispuesto a hundirlo en la carne de la fiera. Rugió el león. Y el eco del feroz rugido resonó en aquel espacio abierto y áspero. A la violencia del hombre que le tenía agarrado por la cola, respondió el animal con la suya propia. No podía entretenerse demasiado. Y dió un fuerte tirón para desasirse de la mano de Tarzán.

El animal pudo, esta vez, más que el hombre. El tirón fué tan extraordinario, que pudo librarse de Tarzán. Y desapareció rugiendo en la espesura del bosque.

Jane y los demás habían contemplado, atónitos, la escena. Poco podían sospechar que Tarzán —aquel mismo hombre que horas antes se había negado categóricamente a acompañarles— estuviera tan cerca de ellos y les protegiera de todas las peligrosas. Y ahora agradecían en el alma lo que acababa de hacer, y que confirmaba su proverbial generosidad. Y Jane llegó a arrepentirse, una vez más, del concepto que, en un momento de pasión incontenida, habíase forjado de Tarzán, por el solo hecho de que éste dijera «No» cuando ella le había rogado que fuese con ellos.

—¡Gracias, gracias, Tarzán!

—¡Nos has salvado la vida, Tarzán!

Si aparentemente el hombre se mostraba insensible a aquellas demostraciones de gratitud, en el fondo sentíase satisfecho, muy satisfecho. El ya suponía que su presencia allí había de ser útil. Pero no sospechaba que lo fuera tan pronto. Lo más fácil es que tuviera que intervenir después.

Ya no durmieron más en toda la noche. Por una parte, las hormigas; por otra, la reciente escena del león que podía haberse convertido en una sangrienta tragedia; por última, la presencia de Tarzán y de Cheta —su fiel chimpancé— contribuyeron a desvelarles. Paradójicamente, no se atrevían a dormir cuando se sabían tan bien protegidos, mientras que lo habían hecho tranquilamente, cuando las peligrosas se mantenían latentes y ellos ignoraban que alguien velaba su sueño. Lo más fácil es que sintieron miedo de sí mismos, de la tranquilidad y la inconciencia con que se habían dormido unas pocas horas antes.

Empezó a amanecer. La luz del día se fué haciendo más in-

tenso hasta suceder, limpiamente, en esta prodigiosa metamorfosis de todos los días, a la oscuridad de la noche. Y todos se sintieron ya más aliviados. La luz es amiga del hombre. En las tinieblas todo resulta más inhóspita. Sobre todo, allí, en la selva, poblada de seres extraños, de acechanzas múltiples, de peligrosas encrucijadas.

Tarzán respiró también al ver cegados sus ojos por la luz del sol. Se sentía tan aliviada como los demás. Estos no corrían ya tantos peligros. No obstante, seguiría velando por ellos. Pero sin que lo supieran.

Cuando Jane y sus acompañantes creían que se hallaba a su vera todavía, Tarzán había desaparecido. ¿Dónde estaría Tarzán? Tarzán y Cheta, pues ésta tampoco asomaba por allí. Naturalmente, había seguido a su amo. Los dos se encontraban en busca de alimento, que buena falta empezaba hacer a todos.

Tarzán y Cheta hallaron, al poco rato, una pequeña arboleda de bambús. Con su cuchilla afilada, y su habilidad proverbial, Tarzán cortó uno de los tallos más maduros y lo levantó hasta su boca para beber el fresco y claro líquido que aquél contenía. Cuando hubo saciado su sed, se dispuso a saciar la de su fiel compañero Cheta, que con cómicos gestos agradeció la atención de su amo y amigo. Luego se sentaron los dos en el suelo, y se aprestaron a masticar los tiernos retoños de bambú que nacían en la base de las más altas cañas.

Pero si por su parte Tarzán y Cheta se agenciaban para calmar la sed que oprimía sus gorgantas, Jane y los demás no conseguían lo mismo. La experiencia de la muchacha, después de haber pasado tan largo tiempo en la selva, no alcanzaba la que Tarzán tenía de ella. Dos horas tardó la expedición por Jane dirigida, en encontrar agua. Tras una búsqueda, que se antojó a todos interminable, y que les iba sumiendo en amargo desesperación, un voz resonó aguda en el espacio:

—¡Agua! ¡Agua!

Efectivamente, Jane acababa de dar con una cañada, en la que podían saciar su sed.

Iba ya a beber Jane, cuando de pronto saltó Cheta. ¿Qué sorpresa para la muchacha! ¿De dónde salía, ahora, el chimpancé? Cheta velaba por los dos: por Jane y por Tarzán, e iba de un

lado para otro, con su característica inquietud, con su agilidad portentosa, con su mirada atenta, con sus cómicas actitudes. No, no podía abandonar a uno para proteger a otro. Tenía que velar por todos en la misma proporción, en igual medida.

No, no era conveniente que Jane bebiera el agua de la cañada. Cheta se lo advirtió. Aquella agua no era buena para beber. A pesar de que la sed la estaba devorando, se prestó a obedecer la indicación de Cheta, una indicación generosa que no podía ser desatendida. Jane sabía que Cheta era noble y leal amigo.

Una gota cayó sobre el rostro de la muchacha. Jane levantó la vista al cielo. Empezaba a oscurecer. Las nubes —unas densas nubes— se iban acumulando en el firmamento. Y la muchacha, que conocía los secretos de la selva y los misterios extraños y prodigiosos de la naturaleza— comprendió que estaba a punto de desencadenarse uno de los tradicionales aguaceros de África.

Por fortuna, las primeras gotas cayeron intermitentes. Ello le permitía, por una parte, saciar su sed; por otra, esperar que las nubes fuesen desapareciendo y el peligro de tormenta se desvaneciera. Pero, no había de ser así. Lejos de disiparse, la tempestad arreció. Y no había pasado media hora desde que cayeran las gotas que hicieron levantar los ojos de Jane hacia el firmamento, cuando la corriente de la cañada habíase convertido en un torrente amenazador. Se encontraban sitiadas en peligrosísimo lugar. No podían avanzar ni retroceder. El lodo les impedía salir de la profundidad en que se hallaban. La inquietud se reflejaba justificadamente en todos los semblantes, pues el temporal no llevaba trazos de terminar. La lluvia se hacía cada vez más intensa, y su situación más crítica. Eos que integraban la comitiva dirigida por Jane, no tardaron mucho rato en verse luchando en defensa de sus propias vidas. Para ello se agarraban, como auténticos naufragos que eran, a la más pequeña raíz que sobresaliera de aquel declive, que ya les era imposible escalar para salir de la cañada.

Jane estaba francamente desesperada. Sentía un miedo atroz. Se veía, ahora, desamparada, presa fácil de aquel fenómeno atmosférico que con tanta inoportunidad se había presentado. Ella

y todos cuantos con ella iban, perecerían allí, sin remedio. Y la muchacha pensó en Tarzán. El podría salvarles del peligro. Era audaz, valiente, fuerte. Pero ¿dónde se hallaba Tarzán? De la garganta de Jane, escapó un grito que le nacía del corazón, y que era en aquellas horas angustiosas, su última esperanza:

—¡Tarzán! ¡Tarzán!

Se hizo un silencio, un silencio lleno de esperanzas, pero también de inquietudes. Si nadie contestaba a la exclamación, morirían irremisiblemente todos, pues sus cuerpos iban cediendo en el lodo. Jane repitió el grito:

—¡Tarzán!

Silencio otra vez.

—¡Ah! — gemía la muchacha — si Tarzán estuviese aquí.

De pronto, una larga rama de árbol se curvó hasta donde Jane se encontraba. La muchacha fijó rápidamente sus bellas ojos — nublados, ahora, por las lágrimas derramadas — hacia aquel lugar. Apenas podía percibir unas sombras, pues la vista no le respondía claramente a causa de haber llorado con tanta intensidad. Se enjugó con el revés de la mano, y pudo ver, en la mitad de aquella rama, a Tarzán y su inseparable Cheta. Una sonrisa iluminó el rostro de Jane, la cual olvidaba en un solo instante — por obra y gracia de la presencia de sus fieles amigos — todo su desesperación.

Tarzán gritó al verles:

—¡Jane! ¡Sujeta fuerte a Gloria!

Jane obedeció al momento, pues era ciega su fe en el hombre, y estaba seguro de que habría de salvarles de tan difícil trance.

—¿Así? — exclamó, jubiloso, como si estuviera practicando un juego infantil.

—Así, Jane. Y ahora forma una cadena. Que Gloria tome, ahora, la mono de Jessup, y éste la de Trask, y Trask la de Dodd.

La rama en la que se hallaban Tarzán y Cheta fué cediendo bajo el peso de los dos, pues éstos se iban deslizando para que así sucediese precisamente, y el hombre pudiese asir la mano de Jane.

Cuando la hubo conseguida, tiró de la muchacha hacia arriba. Y como quiera que uno se hallaba estrechamente vinculado,

a través de su respectiva mano derecha, al otro, y que, por consiguiente, la cadena se había convertido en algo recio, sólido, como una auténtica cadena férrea — tal era el deseo de todos de sobrevivir a la catástrofe — pudieron irse librando del lodo en que estaban hundidos y remontar de modo lento, pero eficaz, la superficie, hasta llegar a pisar, otra vez, terreno firme.

Parecía un auténtico milagro divino. Las ples de las circunstancias, hundidos momentos antes en el lodo que les oprimía y amenazaba engullirles, volvían a tocar tierra. Estaban salvados. La imagen de la muerte, que habían visto tan cercana, tan horrible, se disipaba por minutos. No obstante, seguía lloviendo tenazmente. El rumor de las aguas que descendían de las nubes como una avalancha que amenazaba arrasarlo todo, era acompañado por el clamor airado de los truenos y por el rápido y sobrecogedor zig-zag de los rayos, que incendiaban fugaz y téticamente el cielo.

Pero ellos estaban ya a salvo. Para volver a la trágica situación anterior, era preciso que se produjera algo nuevo. Pese a todo, la tranquilidad había renacido en los espíritus. Tarzán se encontraba allí.

La tempestad de agua fué perdiendo fuerza. La lluvia se hizo menos intensa, hasta ceder por fin a su impulso.

Libres ya del peligro que aquella situación suponía, se dirigieron todos, acompañados del bravo Tarzán, hacia una cueva, cuya existencia éste conocía de antemano. Y allí, bajo abrigo, empezaron a construirse sumaria y febrilmente unos jergones, valiéndose de unos montones de hierba seca, providencialmente hallados, y que se habían salvado de los efectos de la lluvia, gracias a que, por las características del refugio, no había penetrado el agua en él.

Agotados por el improbable esfuerzo físico realizado y, al propio tiempo, por la indecible angustia moral experimentada, pronto quedaron profundamente dormidos sobre los jergones, que sin duda se les antojaron verdaderos almohadones de suaves plumas...

* * *

A la mañana siguiente, cuando despertaron tras una noche de sueño tranquilo y reparador, Jane quedó asombrada al observar que los jergones en que habían descansado Gloria y su esposo, se hallaban vacíos.

—¿Qué puede haber sucedido? — se preguntó —. ¿Qué razones tenían para escapar?

Pronto se dió cuenta Jane de que Tarzán debía haberles acompañado al Valle Azul.

Poco después, Trask se desesperó, y pudo hacer la misma comprobación que Jane. Su presunción fué exactamente la misma que la de la muchacha.

—Tarzán — murmuró Trask — ha sido más listo que nosotros.

Jane contempló al hombre. Pero quedó paralizada, muda de espanto, al ver la expresión que se dibujaba en su rostro. Más asustada había de quedar luego, al oír las palabras de Trask:

—Jane; nosotros conocemos el secreto del Valle Azul. Sabemos perfectamente el por qué Gloria Jones pudo mantenerse bella y joven mientras permaneció allí, y por qué su juventud se desvaneció, como por encanto, una vez hubo pisado otro país. Y nos interesa conocer la fórmula de la juventud eterna. Nos interesa tanto, Jane, que queremos ir al Valle Azul.

—¿Al Valle Azul? ¿Vosotros?

—Sí, nosotros; Dodd y yo. Y queremos que nos guíes hasta allá.

—¿Yo?

—Sí, tú. Y lo harás si estimas en algo tu vida.

—¿Me amenaza, Trask?

—No es precisamente una amenaza... es... una advertencia.

—No lo haré. Es inútil que insista acerca de eso.

—Bien, no te pongas así; te damos un rato para reflexionar. Pero tendrá que ser muy breve, pues tenemos mucha prisa.

Jane calló. ¿Qué podía hacer? Tarzán no se encontraba a su lado para protegerla. Hallábase sola, indefensa, ante dos hombres que estaban, al parecer, dispuestos a todo para conseguir

su propósito. Por algo habían ido con ellos. Lo comprendía todo. Comprendía, ahora, la avería producida en el motor del avión de Dodd que había de acompañar a Gloria y a su esposo, y que no lo hizo. No había tal avería. Todo fué maquinado por Trask y Dodd, pérfidamente.

Salió Jane al exterior de la cueva, para respirar el aire puro. El aire de la mañana era fresco, después de la tormenta. Todo aparecía húmedo; de las hojas y las ramas de los árboles se desprendían lentamente unas gotas de agua; la tierra era resbaladiza; la hierba empapada todavía... Al acariciar las sienes de Jane, el aire le devolvió un poco la calma. Era preciso hacer algo para evitar que aquellos hombres sigueran acechándola; que trataran de conseguir sus intenciones, que difícilmente abandonarían, pues para eso precisamente habían trazado su plan.

Jane volvió la espalda a la cueva, y se dispuso a huir, a huir, sin saber qué dirección tomar, pero alejarse de allí, donde corría un peligro cierto.

Tomó de la mano a Cheta y dió unos pasos hacia el camino por donde habían venido y que podía conducirla al bosque en que habitaba. Pero...

Había dado unas pocos pasos, cuando una bala, que fué disparada a su espalda, levantó el polvo del camino, junto a Cheta.

Temblando de terror, el chimpancé dió un salto para acogerse a los brazos protectores de su ama.

Jane miró a derecha e izquierda. Nadie. Pero desde luego lo ocurrido era cierto; no era producto de su fantasía... Se pasó la mano por la frente, como para desvanecer de su pensamiento y de su ánimo una pesadilla.

—¿Habrá sido una suposición mía — se dijo — producto de la escena que acabo de sostener con Trask?

No, no era una suposición. Una voz de hombre —la voz de Trask— la hizo volver a la realidad:

—Si quieres a ese chimpancé — decía el hombre — será mucha mejor que modifiques tñ punto de vista. De lo contrario, ya sabes a lo que te expones...

—¿A qué? — respondió ella, vivamente, irguiéndose en un raptó de suprema y heroica valentía.

—No sé, pero... quién sabe si...

Collaron los dos. El silencio fué nuevamente interrumpido por Trask, con una sola sílaba:

—Ven.

—¿A dónde?

—Ven conmigo. Y sé prudente. Ganarás mucho más con esa actitud que manteniéndote rebelde.

Jane no tuvo más remedio que obedecer a las palabras de Trask, las cuales constituían evidentemente un mandato, llena de amenazas.

Lentamente, Jane regresó, junto a Trask, hasta la puerta de la cueva, en la que Dodd, con una sonrisa ingrata a flor de labia, se encontraba recostado. Jane le hubiera abofeteado a los dos. Pero optó por contenerse. Por otra parte nada hubiera obtenido que fuera beneficioso para ella, si trataba de mantenerse firme y enérgica en su posición.

Entretanto, Tarzán, Gloria y Jessup se dirigían hacia el Valle Azul, conocido también, por el Valle de la Juventud.

Este se encontraba rodeado por una cordillera de altas y abruptas montañas. Hasta el valle sólo se podía acceder a través de un profundo desfiladero que dividía aquellas rocosas montañas. Abajo, un río de tumultuosas aguas tronaba en un rápido que ofrecían no pocos peligros. A uno de los lados una formación rocosa de torrecillas y contrafuertes de granito, constituía una auténtica defensa natural que protegía la entrada al famoso valle. Al frente, y en el otro lado, a unas cincuenta yardas de distancia de aquella especie de baluarte, había un estrecho sendero por el que ahora marchaban lentamente Tarzán, Gloria James y su esposo Jessup.

Hacia poco tiempo que habían emprendido el peligroso camino hacia el valle, cuando de pronto se vieron sorprendidos, llenos de horror. A sus ojos se ofrecía algo macabro. Los árboles y las plantas aparecían consumidas por el fuego. Por doquier yacían esparcidas rifles, revólveres, machetes y unas cajas con alimentos. Pero eso era lo de menos. Junto a todo ello, unos esqueletos humanos, blanqueados por los rayos del sol. Las águilas habían despedazado unos hambres, cuyas restos se encontraban allí.

Tarzán se abrió paso entre aquellos esqueletos, y se detuvo

ante uno de éstos, que aparecía amarrado a un árbol, ennegrecido por el fuego. Entre las costillas, el esqueleto tenía clavada una flecha. En las muñecas, llevaba una gruesa cadena de plata.

Acercose Tarzán al esqueleto, y examinó la cadena. Luego se volvió hacia Gloria James y su esposo para informarles:

—Este esqueleto pertenece a Vredak, era un hombre que trabajaba para Trask a quien ya conocéis. No hay duda — añadió — de que el pueblo del valle no nos querrá como amigos. Ya sabe, Gloria, que nunca ha querido tenerlos...

—Yo también lo sé, Tarzán — repuso Jessup —. Gloria me lo ha contado todo. Estoy sobre aviso, pero...

Gloria le arrojó:

—Sí, Tarzán, es preciso que vayamos hasta allí o lo intentemos por lo menos. Sigamos adelante. De conseguirlo, eso supone para nosotras una gran felicidad.

Tarzán se encogió de hombros. El no conocía el miedo, pero le inquietaba un poco conducir a unas personas más frágiles. Físicamente, que sin duda no serían capaces de arrostrar con la gallardía y el espíritu de sacrificio necesario, las acometidas salvajes de que fueran objeto, singularmente por parte del temible Siko y de sus partidarios. Pero, ya que ellos deseaban continuar, él seguiría andando hacia adelante, sin responder de las consecuencias, si bien, en su fuero interno, se hallaba, como siempre, dispuesta a defender a quienes se le confiaran.

Y siguieron avanzando por entre los espesos matorrales que caracterizaban aquel lugar, y que si en cierto modo constituían una defensa, por otra parte, representaban una amenaza, ya que en cualquier momento podía surgir un enemigo, cuya presencia allí no sospecharan.

No estaba equivocado Tarzán al formular para sí, y ante sus amigos, tantas reservas. Habían andado apenas unas pocas pasos más hacia el valle, cuando un ruido chiפורroteante les llamó su atención. Volvieron rápidamente los ojos hacia el lugar de donde aquel ruido procedía, y pudieron ver cómo una flecha incendiada iba a clavar en la corteza de un árbol cercano, y lo envolvía en llamas.

A una voz enérgica, conminatoria, de Tarzán, Gloria y Jessup retrocedieron unos pasos. La precaución había sido oportuna.

Acababan de hacerlo, cuando una verdadera lluvia de flechas flameantes se desencadenaba contra la maleza que les rodeaba, y prendía fuego en ella.

La situación era francamente crítica. Tenían fuego al frente y a retaguardia. La escapatoria se hacía cada vez más difícil, no sólo porque habrían de avanzar entre llamas, sino también porque lo más probable es que, de intentar hacerlo, una nueva avalancha de flechas flameantes se echaría sobre ellos, hasta terminar con sus vidas.

Llevando sus manos a la boca, Tarzán emitió su poderoso y característico grito, una y otra vez. Y aquel grito, pronunciado con todas las fuerzas del pulmón de aquel hombre, resonó en los espacios, repitiéndose a través de las montañas.

Se hizo el silencio. Y Tarzán sonrió.

—¿Qué ocurre? — inquirieron, angustiados, Gloria y Jessup.

—Tened calma, esperad un poco — les aconsejó Tarzán.

Y paró el oído con la mayor atención. Se oyó un rápido zumbido. Tarzán observó la dirección que éste llevaba. Era el de una flecha que acababa de partir en dirección a la bóveda celeste. Esto era de buen augurio. Tarzán respiró, mientras Gloria y Jessup le contemplaban un poco extrañados ante su actitud. Finalmente, habló Tarzán:

—¡Buena! Nos dejan pasar.

En efecto, el hecho de que los uthonians dispararan una flecha al aire, era prueba evidente de que permitían el acceso de Tarzán, Gloria y Jessup al Valle Azul.

Siguieron, pues, avanzando, con menos temor que hasta entonces, pero con las naturales precauciones. A las pocas minutos, aparecieron dos guardias armados de arcos y flechas, los cuales pronunciaron unas extrañas palabras a Tarzán. Este las comprendió perfectamente. Aquellos hombres decían que habían sido designados para acompañarles.

Así lo hicieron. Y fué en compañía de los guardas que penetraron en el Valle Azul o de la Juventud.

Si Tarzán y Gloria conocían ya aquellos parajes, y ya nada podía impresionarles mucho, Jessup, en cambio, que ignoraba los secretos de la selva, quedó positivamente atónito, en la contemplación de las gigantescas flores que crecían ante aquellas ru-

dimentarias viviendas en que los uthonians se protegían, y al ver a los hombres tan fuertes y poderosos y a las mujeres lindas, jóvenes y hermosas. Ninguna de ellas aparentaba tener más allá de treinta años.

Pero la perplejidad iba a medias, ya que si Jessup se admiraba de cuanto veía, los uthonians, por su parte, no acertaban a comprender lo que había ocurrido a Gloria. Una extraña metamorfosis había hecho de ella algo absolutamente distinto de lo que fuera cuando residía en el valle. No fueron pocos los que dudaron de que se trataba de Gloria James. La muchacha tuvo que dar muchas explicaciones para que la reconocieran al fin.

Entre los hombres que se hallaban en el grupo que había acudido a recibirles, figuraba Siko. Tarzán, al verle, le saludó amistosamente. Tarzán no era hombre rencoroso, y aunque reconociese en él a quien unas semanas antes había intentado matarle, olvidaba el incidente y lo daba por no producido. Por el contrario, Siko no se mostraba igualmente generoso. Al frente de sus huestes se disponía a combatir con todas sus fuerzas a Tarzán.

Negó a éste el saludo, y en cuanto le tuvo a poca distancia, se volvió hacia los que le rodeaban y ayudaban en sus propósitos, para decirles airadamente:

—Tarzán nos ha vendido. El fué quien indicó el camino que conduce al Valle Azul a los hombres que vinieron antes. Por fortuna, éstos salieron muy mal parados de su criminal tentativa. Nuestras flechas incendiadas les destruyeron a todos.

—¡Muerte a los que nos traicionan! — gritó uno de los secuaces de Siko.

—¡Muerte! ¡Muerte a los traidores! — vocearon los demás.

Se enardecían los ánimos; el descontento de los seguidores de Siko se iba acentuando; la situación se iba volviendo difícil, muy difícil, para Tarzán, Gloria James y Jessup.

Por fortuna, intervino el jefe supremo, con uno de sus habituales gestos pacificadores.

—¡Silencio!

La autoridad que emanaba de todo su ser; la energía de su palabra, y el respeto que a todos infundía, fueron causa de que el silencio se produjera instantáneamente. El jefe continuó diciendo con tranquila firmeza:

—Solamente yo tengo poder de vida y muerte.

Bajaron los demás la cabeza, en señal de respeto y sumisión, y entonces el Jefe Supremo invitó a Tarzán, Gloria y Jessup a que le siguieran hasta su casa.

Una vez allí, les introdujo a una habitación casi enteramente ocupada por sus sirvientes. Y habló entonces:

—Quisiera darles — dijo — la bienvenida, y hacerlo más gentilmente. Pero es preciso que pacte con el miedo, sí, con el miedo que se ha apoderado del corazón y del cerebro de los hombres de mi pueblo. Tienen miedo al darse cuenta, o al sospechar por lo menos, que su secreto — hasta ahora insondable — ha trascendido al mundo exterior; miedo porque ciertos intrusos nos han querido conquistar.

Y al decir eso, miró fijamente a Gloria James. Esta aguantó firmemente la mirada del jefe supremo de los uthonians el cual inquirió:

—¿Qué dices a esto, Gloria?

—Pues digo que nada tengo que ver con esas que han intentado penetrar aquí — respondió la muchacha.

—En cuanto a Tarzán... ¿qué puedes decir de Tarzán, Gloria?

—Pueda decir que siempre ha guardado vuestro secreto; lo ha guardado con una fidelidad que muy pocos hombres hubieran sabido mostrar.

—Entonces ¿tú crees, Gloria, que pueda dejarle en libertad?

—Lo creo y lo exijo, Jefe.

Este quedó silencioso por unos instantes. La firmeza de carácter de Gloria, su gallarda actitud, toda su persona, en fin, eran motivos suficientes para que el severo jefe de los uthonians se sintiera poseído de un espíritu de generosidad hacia aquella mujer y aquellos dos hombres que tenía frente a sí. Sonrió y dijo:

—Tengo plena confianza en ti, Gloria. Y en ti, Tarzán. Y en ti, esposa de Gloria.

Pero no todos estaban conformes con la actitud del Jefe. Cuando la noticia de que Gloria James y Jessup habían recibido su bienvenida cordial, y de que Tarzán se encontraba en libertad, llegó a oídos de la muchedumbre que esperaba fuera, Siko empezó a excitar a las masas, con el propósito de provocar el motín

que anhelaba. Su actitud decidida se reflejaba vivamente en sus ojos, centelleantes de cólera.

—No debemos permitirlo — gritaba —. ¡Es una ignominia! Tarzán no debe estar en libertad.

—¡Muerte, muerte a los traidores! — volvían a clamar los más encendidos partidarios de Siko.

—¡A muerte, a muerte! — repetían, como un eco lúgubre, otras voces.

Uno de los hombres avanzó unos pasos y se enfrentó con Siko:

—¿Te atreves a desafiar a nuestro Jefe Supremo? — le preguntó.

A lo que Siko replicó vivamente:

—No digo tanto. Pero el Jefe Supremo ha dejado en libertad a Tarzán.

—Pues si él así lo ha determinado, es preciso que Tarzán goce de libertad.

—Perfectamente — replicó Siko —; Tarzán estará libre, pero yo te digo que esta vez no habrá de regresar a su casa. El camino que conduce a nuestro valle es oscuro, diticil; no podrá encontrarlo.

—¿Dices que es un camino oscuro? — preguntó, extrañado, el hombre que le había interpelado.

—Para Tarzán, sí. Para ver se necesitan ojos. Todos los seres humanos o inhumanos precisan de ellos. Sus ojos... sus ojos...

Y la frase quedó así, colgada, como una grave amenaza para Tarzán.

En efecto, algo se estaba preparando contra él.

• • •

Seis muchachas jóvenes hallábanse arrodilladas al borde de una pequeña alberca. Llevaban en las manos unas largas pértigas con grandes tazas sujetas a su extremo inferior. Aquellos chicos esperaban que se produjese la erupción del geyser, cuyo precioso flúido era el que aseguraba la eterna juventud.

Alrededor de aquella alberca, la gente de la villa se iba reuniendo lentamente. En unas vasijas de oro llevaban pequeñas

redomas. Aquellas vasijas habían de ser llenadas por los muchachos que se encontraban allí.

Jessup y su esposa formaban parte de los que observaban la tunosa escena. Un poco más allá, Tarzán miraba también presa de un gran interés. Hubiérase dicho que presenciaban un milagro. Jessup, sobre todo, estaba positivamente deslumbrado ante lo que sus ojos iban viendo.

Tan absorto parecía Tarzán en la contemplación del espectáculo, que no percibió siquiera, próxima a él, la presencia de Siko y tres de sus más activos secuaces, formando un grupo, cuyo aspecto no podía merecer confianza alguna.

En efecto, de pronto aquellos cuatro hombres se dirigieron hacia Tarzán, con sigiloso paso. Una vez lo tuvieron a su alcance, le echaron un paño negro por encima de la cabeza y empezaron a asestarle violentos golpes con la ayuda de un pesado garrote.

Al conjuro de los fuertes golpes recibidos, el cuerpo de Tarzán se desplomó pesadamente, sin sentido. En un rápido movimiento — como había sido todos los precedentes — Siko y sus seguidores recogieron el cuerpo exánime de Tarzán y lo trasladaron al fondo de una cueva.

Fué todo tan rápido que nadie se dió cuenta de lo que había ocurrido. Afortunadamente...

Afortunadamente, Cheta, el chimpancé, no estaba muy lejos de aquel lugar. Poco después de ocurrido el hecho que acabamos de relatar, se presentó junto a la alberca.

Con sus ojos vivos y sus gestos rápidos y cómicos, movida por su característico espíritu de imitación, tomó — tras contemplar lo que los muchachos hacían — una redoma del precioso líquido. Luego, se dió cuenta de unas huellas que habían quedado proyectadas en la tierra. Quien le hubiese contemplado, habría comprendido que Cheta reconocía aquellas huellas, pues bastó que las viera para que se echara a correr siguiendo la dirección que aquéllas habían tomado. Pronto desapareció tras las rocas que formaban parte de la cordillera que protegía el valle.

Cheta era un animal dotado de una gran inteligencia. Su instinto era verdaderamente excepcional. Desde que viera aquellas huellas, no cesó de seguir las. Pronto había de darse cuenta de

que no estaba equivocado al temer que a Tarzán, su amo, le hubiese ocurrido algo desagradable. Encontró la confirmación de sus temores en el interior de la cueva, de aquella misma cueva a la que, momentos antes, Tarzán había sido conducido por sus raptores.

Era preciso que obrara con la máxima prudencia, pues de lo contrario iba a estropearlo todo. Lo que importaba para salvar a Tarzán. Salvar a Tarzán, y salvar también a Jane, sujeta igualmente a un grave peligro.

Cheta penetró sigilosamente en la cueva, agachándose en la oscuridad. Desde un rincón, pudo observar cómo unos hombres calentaban unas flechas al fuego. Instintivamente, comprendió que Tarzán se encontraba allí, y empezó a arrastrarse a lo largo de la pared. La penetración hacia la profundidad de la cueva se le hacía penible, difícil, no sólo porque el terreno era resbaladizo, sino porque cualquier ruido que produjera a su paso, sería advertido por aquellas personas.

Afortunadamente para él, Cheta pudo llegar, sin ser visto, al fondo de la cueva. El espectáculo que se ofreció a sus ojos vivaces, fué el que hacía ya un rato estaba temiendo: allí estaba Tarzán, amarrado, de pies y manos, a unas estacas firmemente clavadas en la pared. Sobre un canto rodado a sus pies, Tarzán trataba de liberarse, a través de un titánico esfuerzo. Resultaba difícil, muy difícil, conseguirlo. Al comprenderlo Cheta, saltó el chimpancé.

Iba ya a saltar Tarzán un grito de sorpresa y de alegría, cuando se dió cuenta, por un gesto expresivo de Cheta, que era mucho más prudente observar silencio. Sonrió levemente para dar a comprender al chimpancé lo mucho que agradecía su presencia, y redobló su simpatía hacia el animal al ver que éste se disponía a auxiliarle.

En efecto, Cheta, con su habitual ligereza, con su acostumbrada habilidad, fué deshaciendo las fuertes ligaduras que sujetaban a Tarzán. Un brazo le quedó libre, luego el otro, una pierna después... Sólo faltaba la otra. Tarzán estaba casi libre. Pero, convenía seguir manteniendo el silencio más estricto, no fuera que Siko y los hombres de su temible grupo les ayesen o

les vieran, en cuyo caso estarían, Cheta y Tarzán, irremisiblemente perdidos.

Cheta murmuró algo al oído de Tarzán. Y éste tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar de dar un brinco o de proferir alguna palabra que expresara la indignación que sentía en aquellos instantes.

—Pero ¿es posible? — murmuró en voz baja —. ¿Jane está en peligro?

El chimpancé asintió. Todo su ser manifestaba una viva excitación.

De pronto, se oyó una voz. Era la de Siko:

—La flecha está al rojo vivo — dijo este hombre siniestro.

Aguzaron Tarzán y Cheta los oídos, y pudieron darse cuenta de que Siko se aproximaba. ¿Qué había querido decir al referirse a la flecha? Había de ser él mismo quien confesara, en voz alta, su propósito:

—La flecha está al rojo vivo. Tarzán no volverá a ver jamás. Saltarán sus ojos y...

Siko se reía de un modo siniestro, escalofriante... Tarzán y Cheta se estremecieron, pues sabían a Siko muy capaz de llevar a cabo sus proyectos, por salvajes que éstos fueran.

El peligro que se cernía sobre la vida de Tarzán era cada vez mayor. ¡Ah, si hubiera podido moverse! Pero le era imposible. A pesar de sus esfuerzos y de cuantos realizara su fiel Cheta, no había podido conseguir libertarse de la última atadura. Resolvió entonces inclinarse hacia abajo, y apoyar el hombro sobre un pedazo de roca.

En un supremo esfuerzo, en el que empleó todo el vigor físico y moral de que era capaz envió la roca rodando por la pendiente inclinada. Aquella mole — cuyo impulso se fué haciendo más intenso a medida que iba rodando — fué a rebotar sobre el fuego que los secuaces de Siko habían encendido para colentar en él la flecha, que había de servir para extraer los ojos de Tarzán.

El pánico que se apoderó de todos ellos fué extraordinario, a causa, sobre todo, de la inesperada del ataque. No pudiendo sospechar siquiera que lo que se producía era obra de Tarzán, imaginaron, por unos momentos, que se trataba de un terremoto que conmoviera la tierra hasta sus más hondas raíces. La ví-

lencia del choque puso a muchos de aquellos hombres en dispersión; otros, menos afortunados, fueron aplastados por la roca.

Existía ya la gran, la única posibilidad de que Tarzán se salvara del suplicio que Siko y los suyos le habían prometido y estaban dispuestos a cumplir. Era cuestión, ahora, de aprovechar los minutos, pues quién sabe si había de surgir un nuevo grupo de partidarios de Siko que acudiera hasta allí.

—Pronto, pronto, Cheta — rogó al chimpancé —, salgamos de aquí. Vayamos a buscar a Jane. Nosotros estamos libres, pero ella no, según me das a comprender.

El chimpancé asintió con gracioso y evidente aire de preocupación.

Y tomando a Cheta de la mano, Tarzán salió de la cueva por la entrada que aparecía ya próxima.

Una vez al exterior, Tarzán empezó a ascender por la desnuda roca del farallón. Fué una ascensión penosa y llena de peligro. Era preciso que se fuera sujetando con las manos y los dedos de los pies. Por otra parte, sus presunciones se veían, ahora, confirmadas. Unas flechas en llamas surcaban el aire en dirección a él, si bien daban en un blanco situado mucho más arriba de su cabeza.

Dispuesto a librarse de tan angustiosa situación, Tarzán lanzó su característico y ya famoso grito de combate. Como casi siempre, el grito surtió su maravilloso efecto. Poco después, sus tímpanos eran agradablemente rasgados por el timbre de una voz — la voz de Jane — que lo llamaba desde arriba: — ¡Tarzán! ¡Tarzán!

Cheta, que había seguido a éste desde que saliera de la cueva, se encontraba, en aquellos momentos, entretenida en la recuperación de la redoma que se le había caído. Para ello se agarró a unas raíces, pero éstas cedieron a su peso y se produjo un derrumbamiento de tierra. Casi simultáneamente se oyeron unos gritos, abajo. Miró instintivamente el chimpancé hacia abajo, y pudo ver cómo el derrumbamiento que él había provocado arrastraba en su caída a Siko y dos de los hombres que iban con él.

Fué una suerte, que contribuyó en mucho a que Tarzán pudiera llevar a feliz término el plan que había meditado y puesto en práctica. El hombre seguía subiendo unas cincuenta pies más

para alcanzar un estrecho borde debajo de la roca, tras la cual se ocultaba Jane.

Pese a que las flechas incendiadas, disparadas con demasiado buen sentido de la orientación por los seguidores de Siko, continuaban cayendo en torno a Tarzán, éste ordenó a Jane que saltara del lugar en que se hallaba. En un raptó de valentía — muy propio de la muchacha — ésta cayó sobre el borde. Tarzán dió entonces un paso atrás, ágilmente, mientras se sostenía al borde con la sola ayuda de los dedos de las manos. Afortunadamente éstos eran racios y puestos a prueba en muchas ocasiones. De otro modo no hubieran podido soportar lo que se le venía encima. Era Jane la que se deslizaba hacia el cuerpo de Tarzán y se agarraba a sus hombros, luego a su cintura y finalmente a sus tobillos. La situación de los dos era verdaderamente crítica, pero Tarzán sabía bien lo que le correspondía hacer. Se sujetó con la fuerza de que era capaz en una roca saliente, y así pudo seguir la operación, aún teniendo las manos de Jane agarradas a sus piernas.

De modo lento pero eficaz, pudo Tarzán proseguir su difícil y portentosa ascensión, hasta que se halló en el borde del precipicio, a unos veinticinco pies sobre la cañana, pero aún muy pendiente para agarrarse. Tarzán se enderezó entonces, y se agarró de la gruesa rama de un árbol. Por medio de la fuerza y el peso de su cuerpo, la dobló para que Jane la pasara, dejándose caer. Luego él la siguió, saltando junto a ella, con la agilidad que era uno de sus mayores tesoros.

Habían caído sobre un montón de tierra suave. Esta se removió de pronto. ¿Serían, otra vez, los secuaces de Siko? Afortunadamente, no. Era Cheta, que, asustadísima, luchaba para salir a la superficie. Una vez lo hubo conseguido, se sacudió la tierra, volvióse tranquilamente y siguió hurgando hasta encontrar la redoma.

Tarzán, a quien el espectáculo divertía, volvióse rápidamente para evitar que alguien estuviera al acecho. Pero lo que pudo ver fué el brazo de un hombre, que sobresalía en el derrumbamiento de tierra provocado por el chimpancé. Aquel brazo retenía un cuchillo. Pero ya no podría hundirlo en la espalda de Tarzán. Pertenecía a Siko, que se hallaba sepultado.

* * *

Jane despertó en los brazos de Tarzán.

—¿Dónde se encuentra Trask y Dodd? — le preguntó éste, al ver que ella recobraba su aliento.

—Dodd — explicó Jane — fué muerto por una de esas terribles flechas. En cuanto a Trask, se despoñó por el destiladero.

La muchacha guiñó los ojos bajo el brillo del sol. Y, sonriendo, dijo a Tarzán:

—Si de veras me quieres, Tarzán, deberías traerme unas gotas de ese líquido maravilloso que tiene el extraño poder de mantener la juventud.

Tarzán sonrió dulcemente a la muchacha. Luego dijo:

—Me parece que nuestro querido Cheto guarda un obsequio para ti.

Los dos contemplaron al chimpancé, el cual aparecía sen-

AVENTURAS DE TARZAN

Colección de emocionantes novelas por EDGAR RICE BURROUGHS. Once volúmenes de más de 300 páginas, de 20 x 13 cms.

- I. Tarzán de los monos
- II. El regreso de Tarzán
- III. Las fieras de Tarzán
- IV. El hijo de Tarzán
- V. El tesoro de Tarzán
- VI. Tarzán en la selva
- VII. Tarzán el indómito
- VIII. Tarzán el terrible
- IX. Tarzán y el león de oro
- X. Tarzán entre pigmeos
- XI. Tarzán el gran jeque

EDITORIAL GUSTAVO GILI, S. A.

Enrique Granados, 45

BARCELONA

todo muy cerca de ella, tratando de socar el corcho de la redoma con sus largas uñas. Pero no podía. Jane le ordenó entonces:

—¡Cheta! Dame eso que tienes.

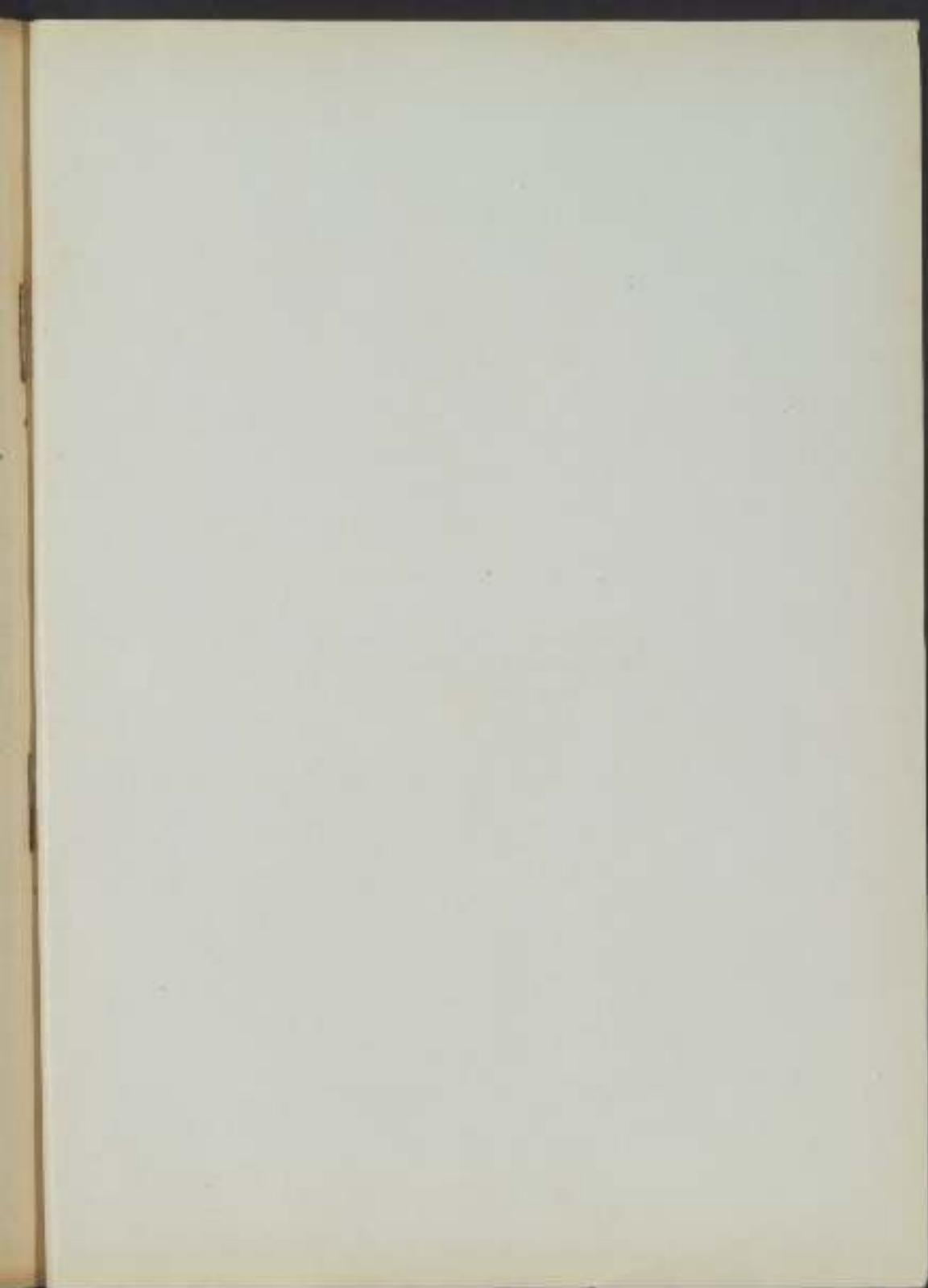
Pero Cheta quería reservarse para sí el honor de descorchar la redoma. Se encaramó a un árbol, y una vez allí, empezó a agitar aquella y a morderla. Finalmente consiguió abrirla, y de un trago se tomó el contenido como si de agua se tratara.

Jane entristeció súbitamente al darse cuenta de que el precioso líquido de la eterna juventud se había evaporado. Pero...

Sus ojos se abrieron desmesuradamente. ¡Algo extraordinario se había producido! Cheta saltó a sus brazos, juguetón, dichosa, exultante, era feliz, extraordinariamente feliz. Su rostro y su cuerpo se habían transformado en un instante. El chimpancé se convertía en un monito joven. Era él, y no Jane, quien se beneficiaba del elixir que aseguraba la juventud perpetua.

Y la risa alegre, cascabelero, eternamente juvenil, de Jane rasgó el aire suave de aquella mañana.

FIN



Editorial  *ALAS*



4 Plas.